El semáforo de los ocho segundos

Texto original · Shyvirelle · relatoscortos.org

En la esquina de Fundición y Puerto, los trabajadores cruzaban a las seis de la mañana con el uniforme todavía limpio. A las seis de la tarde regresaban con polvo gris en los zapatos. Lina conocía la diferencia: reparaba el mobiliario peatonal del distrito industrial y pasaba allí casi todos los días, junto a una pantalla que nadie miraba mientras funcionaba bien.

Aquella mañana, la pantalla mostró una frase que no correspondía a ningún programa conocido:

Accidente previsto en ocho segundos.

Lina oyó un pitido dentro de sus gafas de trabajo. El aviso incluía un punto rojo sobre el borde de la calzada. Vio a Lázaro, el encargado del turno de cierre, acercarse a la esquina sin levantar la cabeza. Lina gritó su nombre. Él se detuvo. Una camioneta pasó por delante de sus botas y giró demasiado cerca del bordillo.

No hubo accidente.

En el registro de la pantalla apareció una línea nueva: **evento evitado; respuesta humana incorporada**.

Lina llamó a la oficina de control. Le explicaron que estaban probando un modelo predictivo del distrito, el V-8. No decía el futuro: calculaba, con datos del tránsito, un accidente probable ocho segundos antes de que sucediera. Los avisos llegaban solo a quienes habían participado en las pruebas anteriores. Si esas personas reaccionaban y el incidente no ocurría, el modelo aprendía de la intervención.

—¿Y por qué me avisó a mí? —preguntó Lina.

—Porque hace un mes ayudaste a despejar un cruce durante una falla. Tu respuesta quedó registrada. Estás entre las personas que el sistema considera útiles para aprender.

Lina miró el punto rojo que ya había desaparecido. Había cambiado el final de una escena que una máquina daba por probable. Pensó que aquello debía ser bueno.

Durante los días siguientes, el V-8 acertó lo suficiente como para que dejaran de llamarlo prueba. Una conductora de autobús recibió una alerta ámbar y redujo la marcha cuando un ciclista perdió el equilibrio; evitó atropellarlo. Lázaro recibió un aviso y esperó a que pasara una carretilla de carga. Cada gesto era registrado. El sistema comparaba el incidente previsto con lo que había sucedido y tomaba las reacciones como parte de las condiciones de su siguiente pronóstico.

La primera anomalía parecía pequeña. Un aviso anunciaba una caída junto al paso peatonal. Nadie se cayó, pero todos los destinatarios se desplazaron al lado opuesto. Al día siguiente, el sistema calculó que la gente volvería a desplazarse antes de recibir aviso alguno. Mandó una advertencia por el supuesto atasco que produciría ese movimiento. Los trabajadores cambiaron otra vez de sitio.

—Nos está siguiendo —dijo Lázaro.

—Está siguiendo nuestras respuestas —corrigió Lina—. No es lo mismo.

Lázaro trabajaba hasta el cierre de la nave de hornos. No llevaba gafas inteligentes; los avisos le llegaban a una pulsera proporcionada por la empresa. Había salvado a un compañero de un golpe con una puerta y desde entonces el sistema lo trataba como una persona cuya reacción valía más que la de otros. Él odiaba ese privilegio.

—Mi compañera cruza aquí desde hace veinte años. A ella nunca le avisa. A mí me manda tres mensajes cuando todavía estoy atando la bolsa de basura.

Lina pidió a la oficina un informe de destinatarios. No recibió la lista completa, pero vio un patrón en las pruebas autorizadas: los avisos se dirigían a los mismos conductores y peatones. Los demás aparecían en los pronósticos como si fuesen obstáculos o sombras que podían moverse, nunca como personas capaces de decidir.

La tarde decisiva, Lina estaba frente al taller de mantenimiento cuando recibió una alerta violeta. El mensaje hablaba de un choque entre un autobús de ruta y un vehículo de reparto. También mostraba una salida peatonal lateral marcada en verde: **zona despejada para evacuación**.

Quedaban ocho segundos.

Lina miró la calzada. El autobús venía despacio. A su derecha, un repartidor se disponía a detenerse; detrás de la línea de peatones esperaba Lázaro. Ella entendió la advertencia como una orden de apartarlos del paso. Alzó el brazo, señaló el lateral verde y gritó que se movieran hacia allí.

A la vez, la conductora del autobús recibió otro aviso. No el violeta de Lina, sino uno ámbar que le pedía precaución ante un riesgo próximo. Frenó antes de llegar al cruce. El vehículo quedó atravesado delante de la salida lateral que Lina acababa de indicar. Nadie chocó con él; nadie pudo utilizar la salida. Lázaro y otros trabajadores quedaron apretados entre una verja y un autobús que aguardaba una señal para reanudar la marcha.

La pantalla del cruce cambió de estado para retener a los peatones. Lina observó entonces que el sistema había considerado el frenado del autobús como una condición nueva y había

prolongado la retención automática del paso. El movimiento que debía proteger cerró la única salida posible.

El accidente previsto no ocurrió. Apareció, en cambio, otro peligro: un grupo de personas inmovilizadas demasiado cerca de la calzada. El V-8 envió un nuevo aviso a Lina, con una marca roja donde estaban ellas. El registro decía que la reacción anterior había sido eficaz, porque el choque entre vehículos se había evitado.

—No has entendido qué evitaste —dijo Lina a la pantalla.

No culpó a la conductora. Esta había frenado porque recibió una advertencia sobre un choque. Tampoco culpó a Lázaro por moverse hacia el lateral: él siguió la voz de alguien a quien conocía. El problema estaba en que el sistema usaba esas respuestas para entrenarse y, al mismo tiempo, daba instrucciones de control basadas en el pronóstico recién alterado. Cada prevención cambiaba la escena que debía prevenir.

La conductora abrió la puerta para preguntar qué ocurría. Lina le indicó que permaneciera detenida hasta que el responsable del tráfico organizara la salida. Nadie intentó mover el autobús entre la multitud. Llamaron a la oficina del distrito y solicitaron apoyo presencial. Lázaro salió por la verja de servicio, guiando a los demás a una zona libre cuando el personal de seguridad abrió el acceso.

La oficina defendió sus estadísticas. En un mes, dijeron, el número de colisiones reales en el cruce había descendido. Lina llevó otra cuenta: avisos emitidos, reacciones observadas, nuevos pronósticos y riesgos creados por las reacciones. Tres veces la máquina había declarado «evento evitado» aunque sus propios avisos hubieran provocado aglomeraciones. Nunca había comparado esos resultados con la situación de quienes no recibían ningún mensaje.

—Si lo apagamos, perdemos una ayuda que ha evitado daños —dijo la coordinadora.

—Si seguimos dejando que su aviso cambie las señales y luego lo tratamos como una prueba de acierto, no sabemos qué estamos midiendo —respondió Lina.

No propuso pulsar un interruptor y abandonar el cruce. El V-8 compartía información con la gestión del tráfico, y separarlo exigía organizar un cambio seguro. La coordinadora convocó al operador de turno, a la conductora y a representantes de los trabajadores. Acordaron mantener la señalización ordinaria bajo supervisión humana, suspender la influencia de los pronósticos sobre los tiempos de paso y conservar los datos del sistema en un registro separado, sin permitirle ordenar movimientos. Los avisos personales también quedaron suspendidos durante la evaluación.

La revisión se hizo con el cruce asistido, no a escondidas ni durante la hora de más tráfico. Lina comprobó en los registros que una predicción podía conservarse aunque nadie actuara sobre

ella. El V-8 seguía calculando en segundo plano; sus cálculos ya no alteraban la señalización ni se enviaban a peatones y conductores. Lo que sucedía en la calle podía ser observado sin convertirse inmediatamente en el siguiente experimento.

Una semana después, a la hora del relevo, apareció en el archivo pasivo una predicción: **caída de peatón en ocho segundos**. Lázaro, que se dirigía a cubrir el turno de cierre, tropezó con una pequeña irregularidad del pavimento. Recuperó el equilibrio por sí mismo. No recibió ningún mensaje. Lina, que estaba del otro lado, no corrió a darle una indicación. La caída prevista nunca sucedió.

Registró aquella línea como la primera predicción incumplida durante el periodo de observación sin avisos. No la borró ni la llamó éxito. Escribió al margen: «El sistema predijo una caída. No hubo caída. No se produjo intervención inducida por el sistema».

Lázaro llegó tarde a su relevo porque se quedó con ella a revisar la anotación y a explicar por qué había tropezado. Al despedirse, vio a una mujer desconocida acercarse al paso peatonal. Esperó la señal ordinaria, miró a ambos lados y cruzó. Ninguna pantalla le asignó un color. El archivo no la convirtió en ejemplo de obediencia ni en un fracaso por no haber respondido a un aviso.

Lina la siguió con la vista hasta la otra acera. No sabía qué ocurriría ocho segundos después. Por una vez, aquella ignorancia le pareció una información necesaria.